



LA LÁMPARA

DEL SANTUARIO

Nº 7 - ABRIL-JUNIO 2003





LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Edita:

Adoración Nocturna Española

Dirección:

Jesús González Prado

Consejo de Redacción:

Salvador Muñoz Iglesias
Pedro García Mendoza
Francisco Garrido Garrido
Avelino González González
Angel Blanco Marín

Colaboran en este número:

Domingo Muñoz León
José M.ª Berlanga López
Andrés Molina Prieto
Manuel Garrido Bonaño
Concepción González
Lino Emilio Díez Valladares
José Luis Otaño

Redacción y Administración:

Barco, 29-1.º
Teléf.: 91 522 69 38 - Fax: 91 446 57 26
28004 Madrid
www.adoracion-nocturna.org
E-mail: consejo@adoracion-nocturna.es
E-mail: consejo@adoracion-nocturna.org

Imprime:

Gráficas Blamai
Juan Pantoja, 14
28039 Madrid

Marca n.º 535.268

"La Lámpara del Santuario"

Depósito Legal:

M-42307 - 2001
ISSN 1579-9492

Sumario

- 1 Adorado sea el Santísimo Sacramento
Hablad Señor, que vuestro siervo escucha
- 2 Nuestra portada
Pentecostés
- 3 Palabra de Dios
La reciente Encíclica de Juan Pablo II sobre la Eucaristía
- 7 La fe de nuestros padres
Cipriano de Cartago
- 9 Vivieron la Eucaristía
San Juan de Ávila
- 13 Corpus, historia de una presencia
Toledo 2003 - Un gozo y unas reflexiones
- 17 La Misa en la Iglesia primitiva
Evolución histórica del sagrario
- 19 Testimonio
La Eucaristía en la Familia Paulina
- 23 Ave María Purísima
La Virgen de la Escalera
- 24 Eucaristía y vida cristiana
Interiorizar la Eucaristía
- 27 De nuestra vida
La vigilia mensual
- 28 Tres meses

ADORADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

«HABLAD, SEÑOR, QUE VUESTRO SIERVO ESCUCHA»

EL niño Samuel, al que su madre había tenido, milagrosamente siendo estéril, fue consagrado por ésta al servicio del Templo apenas dejó de amamantarlo.

Una noche el muchacho se presentó por tres veces al Sumo Sacerdote Elí, diciendo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Elí no le había llamado, y sospechó que era el Señor quien le llamaba. Le dijo, pues, al muchacho: «Vete, acuéstate, y si te vuelven a llamar, di: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha» (1 Sam 3,1-9). Así lo hizo Samuel, y Dios comenzó a manifestarse a su Profeta.

Los Adoradores en las noches de vela alabamos al Señor comunitariamente con el rezo (o canto) del Oficio de las Horas: Vísperas con la celebración eucarística inicial; Oficio de Lecturas en los diversos Turnos; y Laudes todos juntos, de madrugada, antes de la Bendición con el Santísimo, al final de la Vigilia. Pero queda siempre en cada Turno más de media hora de oración en silencio.

Decía Santa Teresa acertadamente que «oración es todo modo de conversación con Dios». Es normal que aprovechemos la ocasión de estar con Él para presentarle la lista interminable de las necesidades nuestras y del mundo entero. Pero, en conversación con Dios, más que **hablar mucho**, lo que tenemos que hacer es **escuchar**. Y ello por dos razones: En primer lugar, porque es regla elemental de buena educación que, cuando se juntan dos personas de distinta categoría – aquí, Dios y nosotros – sea el más digno el que lleve la conversación; y luego, porque en este caso lo que Dios tiene que decirnos es mucho más importante que lo que nosotros podamos decirle a Él.

Pensemos que a cada uno de nosotros se nos dice que digamos lo que el Sacerdote Elí le dijo

al niño Samuel: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha».

«Maestro, di»

Cuando Jesús fue invitado por el fariseo Simón, y una mujer pecadora le ungió los pies, el «piadoso» anfitrión se escandalizó pensando que Jesús no debía de ser profeta, pues – según él – no sabía qué clase de mujer era la ungidora.

Para poner las cosas en su punto, Jesús le dijo:

– Simón, tengo algo que decirte.

El contestó:

– Maestro, di.

El Señor, desde la custodia en la Adoración, o desde el Sagrario cuando comparecemos ante Él, pronuncia nuestro nombre, y añade: «Tengo algo que decirte».

Es un honor y una suerte que así sea.

Si el Señor tiene algo que decirme, es que yo soy algo para Él, ocupo un lugar en su mente y en su corazón.

¿No es normal que yo responda como el fariseo: «Maestro, di»?

Hay que hacer silencio en nuestras Vigilias para escuchar eso que el Señor tiene que decirnos. No debía haber en nosotros mayor curiosidad que la de saber qué nos tiene que decir el Señor. Su mensaje resonará en nuestro interior en forma de reprensión cariñosa por lo que hemos hecho mal o de aliento para lo bueno que nos pide.

No importa que su voz no se deje oír directamente. La tenemos grabada en cinta magnetofónica. Basta enchufar la **casette** del Evangelio.

Que nunca salgamos de la Vigilia sin haber dicho: «Maestro, di».

NUESTRA PORTADA

PENTECOSTÉS

JUAN BAUTISTA MAINO
(Museo del Prado - Madrid)

El artista

Pintor perteneciente a la llamada escuela realista madrileña, nace de noble familia, hijo de un caballero milanés y de la marquesa de Figuereda, en Pastrana (Guadalajara) en el año de 1578.

Su formación tiene lugar en Milán, a donde le mandara su padre, y según Jusepe Martínez fue discípulo de Annibale Carracci y amigo de Guido Reni, «al que siguió siempre su manera de pintar». Palomino, por su parte, afirma que fue discípulo de El Greco. En 1613 toma el hábito dominico «de la ilustre casa de San Pedro Mártir en la ciudad de Toledo».

Fue profesor del príncipe Felipe en la corte madrileña, teniendo en algún momento problemas con el Tribunal de la Inquisición que le llevarían a diferentes interrogatorios. Dice Céan Bermúdez que gozó de la confianza de Felipe IV, «dirigiendo las obras que los demás profesores pintaban para S.M. y protegiéndoles en sus pretensiones y ascensos».

Lope de Vega, en «El laurel de Apolo», escribe:
*«Juan Bautista Maino, a quien el arte debe
aquella acción que las figuras mueve».*

Prueba del favor dispensado por el monarca a Maino son las pinturas civiles encargadas al artista, entre las que destacan, «Recuperación de Bahía de Brasil», que pintó en 1635 para el salón de Reinos, verdadero alarde de composición y juego de perspectivas, como «Retrato de caballero» actualmente en el museo del Prado. Este gran, pero poco conocido artista, muere en Madrid en el año de 1649.

La obra

No se conoce nada de su actividad pictórica hasta 1611, en el que se le encuentra, en la dicha ciudad de Toledo, pintando para la catedral. En 1612 contrata el «Retablo de San Pedro Mártir», llamado «Retablo de las Cuatro Pascuas», para la Iglesia de San Pedro, y que estaba formado por los lienzos «Pentecostés», «Adoración de los Reyes», «Adoración de los Pastores» y «Resurrección». En estas obras ya se aprecian las composiciones escalonadas en verticalidad, y la luminosidad y claridades en el colorido. Son pinturas de un gran clasicismo, como hechas por un italiano.

El cuadro que nos ocupa «Pentecostés», es un lienzo de unas medidas de 1,63 x 2,85 metros pintado el mismo año del comienzo de la obra. Se da en él un gran efecto de movilidad, en el que tienen mucho que ver los amplios ropajes de las figuras, y el tratamiento de la luz y el color. El delicado modelado en el trazo pictórico dan a todo el conjunto una gran calidad plástica. En resumen, puede encuadrarse en lo que Julián Gállego ha venido a llamar «caravaggismo luminoso» del que también formaron parte artistas de la categoría de Honthorst, Gentileschi y Georges La Tour. Esta obra formó parte de los fondos del Museo Arqueológico Nacional del que fue trasladado al del Prado, donde se restauró en 1939, quedando definitivamente instalado en él.

LA RECIENTE ENCÍCLICA DE JUAN PABLO II SOBRE LA EUCARISTÍA

DOMINGO MUÑOZ LEÓN

Profesor de la Facultad de Teología «San Dámaso» de Madrid

UN espléndido regalo ha hecho Juan Pablo II a la Iglesia en el 25 año de su Pontificado. El Pontífice ha escogido el Jueves Santo de este año 2003 para firmar la Encíclica sobre la Eucaristía. De esa manera se pone de relieve la conexión entre Eucaristía y misterio Pascual. La Encíclica tiene como primera frase «La Iglesia vive de la Eucaristía» (*Ecclesia de Eucharistia vivit*). Es una frase programática que después se explica en el subtítulo «Carta Encíclica sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia». La Encíclica tiene una introducción, seis capítulos y una conclusión.

A continuación damos una síntesis de su contenido.

Introducción (nos. 1-10)

El Papa anticipa en esta Introducción casi todos los temas que después va a desarrollar. Recuerda su celebración en el Cenáculo de Jerusalén en el año 2000. Pone de relieve la relación de la Eucaristía en el misterio Pascual, es decir, con la Redención. La Eucaristía es un misterio de fe. Por ello la Iglesia tiene que contemplar el rostro eucarístico de Cristo y alimentarse del Pan de vida en el camino del tercer milenio. La Eucaristía ha sido siempre objeto de la enseñanza de la Iglesia. El Papa recuerda los documentos de los concilios y de los Pontífices que le han precedido. A la vez que desea presentar al

mundo el valor de la Eucaristía, quiere también salir al paso de algunas prácticas que se han introducido y que ponen en riesgo la santidad de este Sacramento.

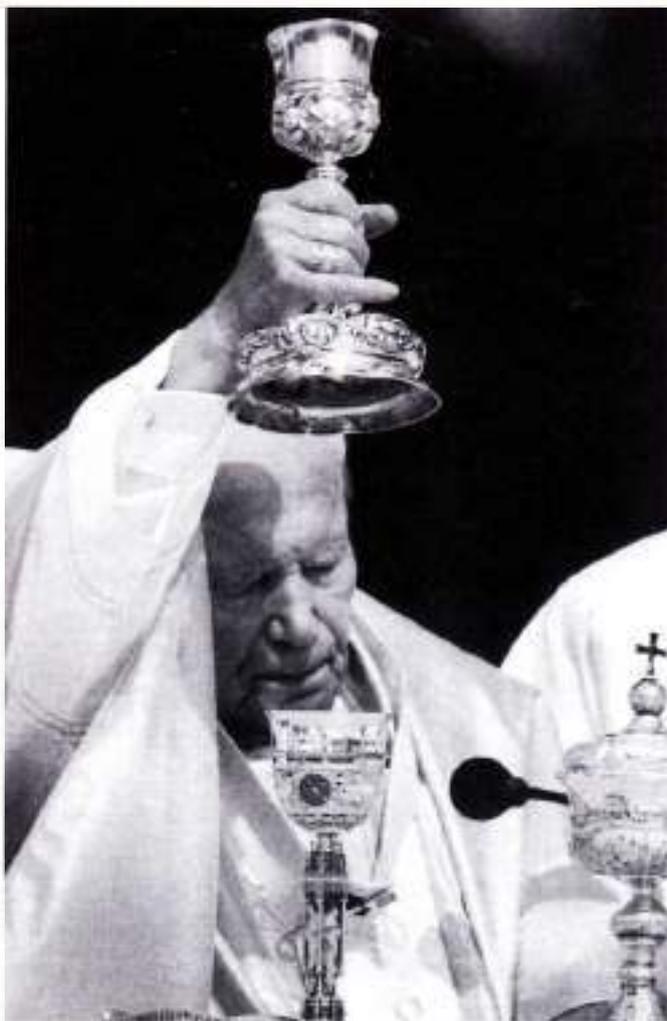
Misterio de fe (c. I: nos. 11-20)

Juan Pablo II recuerda los textos bíblicos (1 Cor 11, 23SS; Juan 13,1; Lucas 22,19-20; Mateo 26,28; Marcos 14,24) que indican el sentido de la institución de la Eucaristía como el don por excelencia y hacen referencia a la entrega de Jesús en la Cruz para la salvación de la humanidad. De ahí que la Eucaristía sea un sacrificio. El Papa remite a la doctrina del Concilio de Trento. También habla de la presencia real de Cristo en la Eucaristía y de la comunión que es la forma en que se recibe plenamente la eficacia salvífica del sacrificio. La Eucaristía es verdadero banquete en el cual Cristo se ofrece como alimento. Por la comunión de su cuerpo y de su sangre Cristo nos comunica también su Espíritu. La Eucaristía es también prenda de vida eterna y a la vez estímulo para comprometerse con los deberes de la ciudadanía terrenal. El Pontífice recuerda que el cuarto evangelio en el lugar donde los sinópticos narran el relato de la Eucaristía, ha puesto el relato del lavatorio de los pies en el cual Jesús hace de maestro de comunión y de servicio.

La Eucaristía edifica la Iglesia (c. II: nos. 21-25)

Juan Pablo II recuerda la doctrina del Vaticano II de que cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la Cruz se realiza la obra de la redención. El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes que forman un solo cuerpo en Cristo. La incorporación a Cristo que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el sacrificio eucarístico. La Eucaristía tiene una fuerza unificadora y constructora del Cuerpo de Cristo como lo ha expuesto San Pablo (1 Cor 10,16-17). La Eucaristía es fuente de fraternidad y de unidad.

Finalmente en este capítulo el Pontífice pone de relieve que el culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa está estrechamente unido a la celebración del sacrificio eucarístico y pondera el valor inestimable de este culto y los frutos de santidad que de él se derivan.



Apostolicidad de la Eucaristía y de la Iglesia (c. III: nos. 26-33)

Juan Pablo II indica que la Eucaristía es apostólica porque Cristo la confió a los apóstoles, porque se celebra en conformidad con la fe de los apóstoles y porque solamente el sacerdote ordenado es quien realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece en nombre de todo el pueblo. El Pontífice recuerda que los fieles participan en la celebración de la Eucaristía en virtud de su sacerdocio real pero el sacerdote lo hace «in persona Christi» (en la persona de Cristo) que quiere decir en la identificación específica, sacramental con el «Sumo y eterno sacerdote». A propósito de esto Juan Pablo II hace serie de precisiones sobre los límites de la participación sacramental en el ámbito de la actividad ecuménica y sobre las situaciones de las comunidades que no tienen sacerdote insistiendo en la recomendación de pedir al Señor que envíe vocaciones sacerdotales.

Eucaristía y comunión eclesial (c. IV: nos. 34-46)

Este capítulo se centra en la dimensión de la Iglesia como comunión según destacó fuertemente el Concilio Vaticano II.

La idea fundamental es que la Eucaristía como culminación de todos los sacramentos lleva a su perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con Dios-Hijo por obra del Espíritu Santo. La comunión supone la vida de gracia. De ahí que la Iglesia considera que el fiel que está en pecado grave no puede participar en el Sacramento si no precede la confesión de los pecados mortales. Además la Eucaristía, siendo la suprema manifestación de la comunión, exige que se celebre en un contexto de integridad de los vínculos, incluso externos, de comunión. A este propósito recuerda las diversas dimensiones de esa comunión con el Obispo y con el Romano Pontífice. Una particular importancia concede la Iglesia a la celebración del domingo, como Día del Señor.

También se indican las implicaciones de esta doctrina en el compromiso ecuménico y se especifican las condiciones en que un católico puede

participar en la celebración de otras confesiones cristianas o los miembros de esas confesiones en las celebraciones de la Iglesia Católica.

Decoro de la celebración eucarística (c. V: nos. 47-52)

El capítulo comienza recordando el episodio de la unción de Betania relacionándolo con el misterio Pascual (la sepultura de Jesús). Asimismo se recuerda la solemnidad con que Jesús quiso que estuviera rodeada la Institución de la Eucaristía en el Cenáculo. Todo ello expresa el don inconmensurable de la Eucaristía. El banquete de la Eucaristía es un banquete sacrificial, un banquete sagrado en el que en medio de la sencillez de los signos está presente el abismo de la santidad de Dios. La Iglesia ha tenido siempre especial interés en procurar la dignidad de la celebración eucarística y de los lugares y objetos de culto. De ahí ha nacido el tesoro de las catedrales y las basílicas, y de los lugares de culto tanto en Occidente y Oriente como en los pueblos de reciente implantación del cristianismo.

El Papa denuncia los abusos surgidos en ciertas regiones en torno a la forma de celebración y exhorta al cumplimiento de las normas litúrgicas para así poner de relieve que la liturgia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la Comunidad en que se celebran los misterios.

En la escuela de María, mujer «eucarística» (c. VI: nos. 53-58)

Juan Pablo II recuerda que ha incluido la Institución de la Eucaristía entre los misterios de Luz del Rosario. La Virgen tiene una relación profunda con la Eucaristía. Ella está presente en la Comunidad primitiva que celebra la fracción del Pan (Hch 1,14; 2,42).

Por la relación entre Encarnación y Eucarística, la Virgen entra de lleno en este misterio. Su «Fiat» en la Anunciación es un acto de fe que la introduce en el Misterio de la fe antes de que la Eucaristía fuese instituida.

En la Anunciación, en la Visitación y en el Nacimiento de Jesús ella es modelo de amor en



el que ha de inspirarse cada comunión eucarística. Durante toda su vida María hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Juan Pablo II recuerda la Presentación de Jesús en el Templo y sobre todo la unión de María con su Hijo en la Pasión. Después de Pascua para María recibir a Jesús en la Eucaristía es como acoger de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.

El Magníficat de María es un canto de acción de gracias que se puede profundizar en perspectiva eucarística.

Conclusión (nos. 59-62)

El Papa abre su corazón emocionado al recordar sus cincuenta y seis años de Sacerdocio y de vida eucarística y da gracias al Señor por este don. A la vez hace un acto de fe profunda en la Eucaristía y afirma que toda la vida de la Iglesia ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria para la evangelización y se ha de ordenar a él como a su culmen. Exhorta a vivir el



zón mismo de la vida cristiana. El marco de su publicación, el Jueves Santo y la referencia continua al Misterio Pascual ponen de relieve la dimensión cristológica y trinitaria: Cristo en su sacrificio redentor sigue siendo la fuente de la vida de la Iglesia. La Eucaristía lleva al cristiano hasta el seno mismo de la Trinidad. La Eucaristía es el culto del Nuevo Testamento. El Pontífice destaca a lo largo de todo el escrito la triple dimensión del Misterio: sacrificio, comunión y presencia real. La adoración al Santísimo fuera de la Misa aparece como prolongación de la celebración del misterio eucarístico y como fuente de santidad. También se habla de «Liturgia cósmica» en la celebración eucarística.

La noción central de comunión y de Cuerpo de Cristo hacen comprender que la Iglesia vive de la Eucaristía. Las notas de la Iglesia como Una, Santa, Católica y Apostólica tienen su implicación en el compromiso ecuménico.

misterio en su integridad y reitera que el renovado compromiso ecuménico debe respetar las exigencias que se derivan de ser Sacramento de comunión en la fe y en la jerarquía apostólica.

Los Santos han sido los grandes intérpretes de la piedad Eucarística. El Papa termina haciendo suyos los sentimientos de Santo Tomás de Aquino en un himno de la fiesta del Corpus: «Buen Pastor, pan verdadero, oh Jesús, ten piedad de nosotros, n útrenos y defiéndenos, llévanos a los bienes eternos en la tierra de los vivos».

Una Encíclica en el camino de la Iglesia al comienzo del Tercer Milenio

La síntesis que acabamos de hacer de la Encíclica es suficiente para comprender que estamos ante un Documento fundamental. Las dos palabras Eucaristía e Iglesia nos llevan al cora-

La Encíclica sale al paso también de algunas corrientes que pueden desvirtuar la naturaleza de este sacramento. El Papa insiste en que la Eucaristía celebrada por los sacerdotes ordenados es un don que supera radicalmente la potestad de la Asamblea. Al mismo tiempo se subraya la idea de que la santidad del misterio requiere el decoro de la celebración. Esto vale especialmente de la necesidad de comulgar en estado de gracia. Asimismo se recuerda que la condición de convite fraternal presente en la Eucaristía tiene que vivirse en el contexto de un banquete sacrificial marcado por la sangre derramada en el Gólgota, en otras palabras, que el banquete eucarístico es verdaderamente un banquete sagrado.

Esta breve presentación de la Encíclica no pretende suplir sino más bien invitar a la lectura directa de este Documento en el que palpita la emoción de Juan Pablo II ante el don inconmensurable de la Eucaristía.

LA FE DE NUESTROS PADRES

CIPRIANO DE CARTAGO

EL tratado *De lapsis* de Cipriano, redactado en los primeros meses del 251, tras el cese momentáneo de la persecución de Decio, viene a ser como el borrador que va a presentar en el próximo concilio para establecer la disciplina eclesial sobre los que han sucumbido. En él distingue diversas posturas o actitudes que requieren tratamiento distinto. Ha habido quienes han sacrificado ante altares idolátricos antes de ser obligados a ello; padres que condujeron a sus hijos a participar en ritos idolátricos; otros, simplemente han traicionado la fe (Id. 2-3).

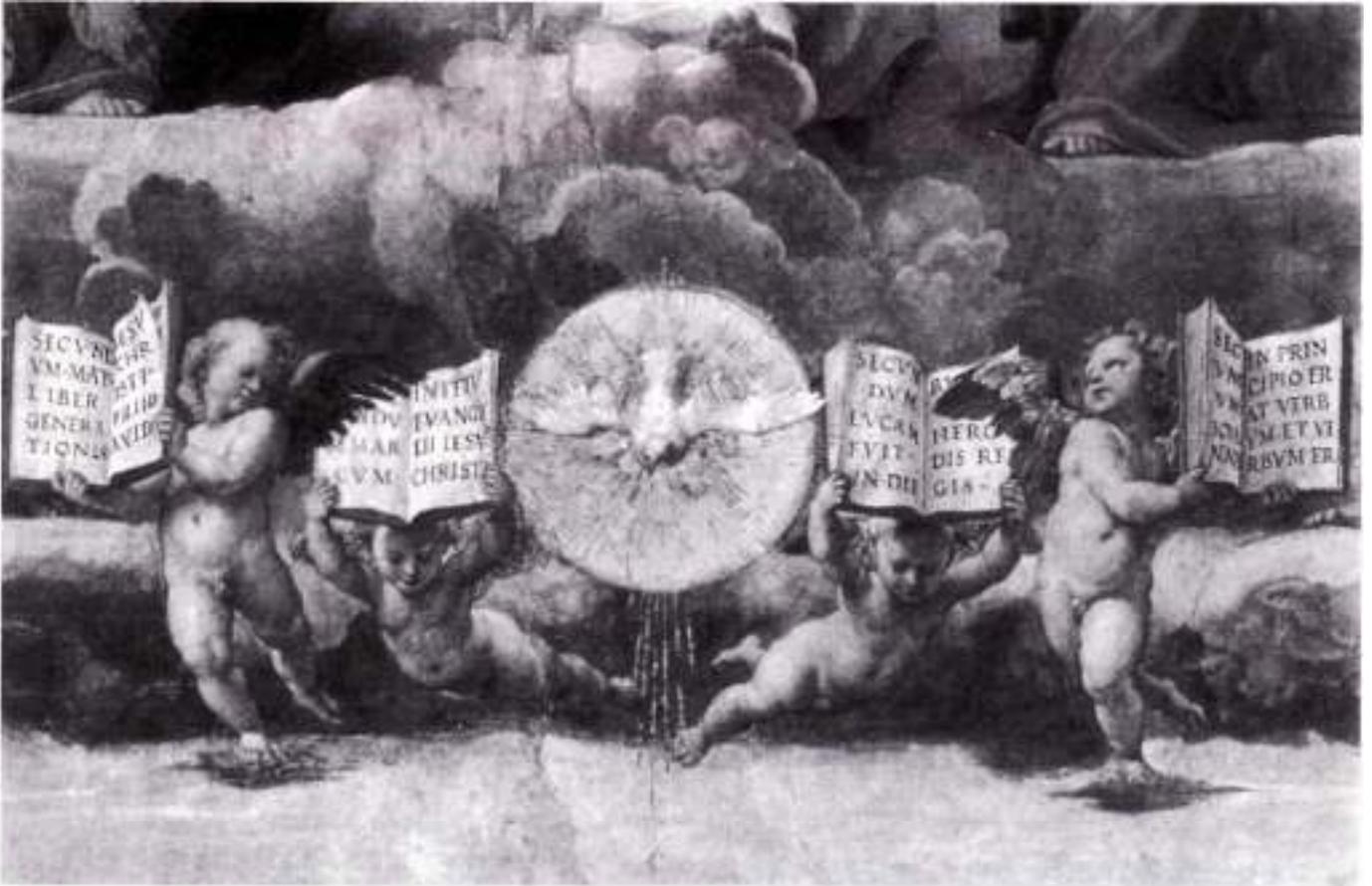
Para dar respuesta coherente se establece un camino a seguir: expiar los delitos, practicar la exhomologesis, purificar la conciencia, recibir la imposición de manos del sacerdote, aplacar a Dios ofendido. Mas Cipriano tiene claro el principio del apóstol expresado en 1 Cor 10,21 y 11,27: no se puede tomar parte simultáneamente en la mesa del Señor y de los demonios; o lo que es igual, comer el pan y beber el cáliz del Señor indignamente lleva consigo ser reo de ello (Id 15). De ahí que apele a casos y ejemplos «históricos» que atestiguan la incompatibilidad de participar en ambas mesas y celebraciones (Id. 24 y ss.).

Así el caso de una niña de pecho a la que dieron «pan mojado en vino que había quedado del sacrificio de los caídos» (Id. 25). Ignorante del hecho, la madre cuancelebráramos el sacrificio, la niña se echó a llorar entre excitaciones y remordimientos. Concluida la

solemnidad, «el diácono comenzó a ofrecer el cáliz a los presentes y, una vez que lo recibieron los demás, le tocó el turno a ella, pero ésta apartaba su rostro ante la presencia de la majestad divina, apretaba la boca comprimiendo los labios, rechazaba el cáliz. Mas el diácono persistía y aun en contra de su voluntad, le dio el sacramento del cáliz. Entonces siguieron sollozos y vómitos. Y es que la eucaristía no pudo permanecer en un cuerpo y boca profanada, y por eso la bebida consagrada en la sangre del Señor salió de sus entrañas manchadas. ¡Tan grande es el poder del Señor, tan grande la Majestad! Los secretos de las tinieblas quedaron a plena luz, ni los crímenes secretos engañaron al sacerdote de Dios».

Esto sucedió a una niña que no tenía edad para manifestar el delito ajeno cometido con ella. Cipriano refiere otro caso similar. Una mujer, «de edad proveya, se introdujo a escondidas entre los que celebraban la eucaristía. Después de tomar ésta que fue para ella no alimento, sino una espada, como si hubiera tragado mortal ponzoña en sus entrañas, empezó a padecer congoja y a delirar; y aquejada no del tormento de la persecución, sino de su delito, en medio de convulsiones y temblores cayó muerta. No quedó impune largo tiempo ni oculto el crimen de su conciencia. La que había engañado a un hombre, experimentó al Dios vengador».

El obispo de Cartago refiere aún otros dos ejemplos: El de otra mujer que intentó abrir con sus manos inmundas el arca en que se conservaba «el Santo del Señor»; la cual fue



espantada por el fuego que de allí salía, y no se atrevió más a tocarlo. El otro se trata igualmente de alguien, quien manchado por los sacrificios idolátricos, se atrevió a tomar parte con los demás fieles «en el sacrificio celebrado por el sacerdote» y de recibir a escondidas el sacramento. No pudiendo «comerlo ni tragarlo, al abrir las manos encontró ceniza».

Concluye así Cipriano: «Con este documento se nos muestra que el Señor se retira cuando se niega, y no aprovecha para la salud al que no se merece lo que toma, cuando la gracia salvífica se convierte en ceniza, desapareciendo el santo» (Ib. 26). Fiel, por tanto, al mandato apostólico (1 Cor 10,21), la iglesia africana tiene claro que no se puede servir a dos señores (cfr Mt. 6,24) (Ib 27) que Dios no es como el hombre, ve el corazón (cfr. 1 Sam 16,7); que «escudriña las entrañas y el corazón (cfr. pre. 2, 23); que nadie puede escapar a su mirada (cfr. Jer 23,23) (Ib. 30).

«Todos los "sacrificad" han de hacer penitencia, dar pruebas de aflicción de un corazón dolorido y compungido». (Ib. 32). Han de abrir «los ojos de vuestro espíritu para com-

prender [los pecados], sin desesperar de la misericordia del Señor, pero también sin reclamar un perdón pronto» (Ib. 35). Dios «puede otorgar el perdón, puede revocar su sentencia»... Puede aceptar en santificación todo lo que por los tales pidieron los mártires e hicieron los sacerdotes...» (Ib. 36). Mas también los «libellatici» quienes, «aunque no contaminaron [de hecho] sus manos con sacrificios nefandos», constituye una declaración de haber negado, es «una afirmación de un cristiano que rechaza lo que había sido».

Tenemos, por tanto, que la iglesia africana por medio del obispo más representativo de su episcopado asienta con suma claridad y contundencia la diversa disciplina eclesial ante quienes han tenido comportamientos distintos en la persecución deciana. En una palabra, pone en práctica los asertos bíblicos y apostólicos de que no se puede servir a dos señores, no cabe participar en la mesa del Señor y en la de los demonios, en los banquetes idolátricos y en la eucaristía.

JOSÉ M.^a BERLANGA

VIVIERON LA EUCARISTÍA

SAN JUAN DE ÁVILA

Síntesis biográfica

Juan de Ávila es figura central en la fulgurante constelación de la hagiografía española y en torno a él giran astros de primera magnitud. Queremos decir que su posición en el Siglo de Oro de nuestra espiritualidad es verdaderamente privilegiada, a pesar de haber permanecido casi en la oscuridad del olvido durante tres largos siglos hasta su beatificación por León XIII en 1894. A partir de entonces comienza a agigantarse su inconmensurable personalidad con la difusión creciente de sus Escritos. Todavía no se han extinguido los ecos de su canonización que tuvo lugar el 31 de mayo de 1970, por el Papa Pablo VI.

Pero retrocedamos en el recuerdo histórico conducidos por la mano de dos inteligentes biógrafos a quienes debemos que su importantísima figura no se desdibujara entre las espesas brumas de datos imprecisos. Gracias a la Biografía del P. Granada, y del Licenciado Luis Muñoz, además de los interesantes **procesos informativos**, Juan de Ávila emerge con apasionante atractivo y luminosidad cegadora en las páginas más gloriosas de nuestro catolicis-

mo. En nuestros días los historiadores Sala Balust y Martín Hernández nos han ofrecido la mejor semblanza que poseemos como magnífico frontispicio de la edición crítica de sus **Obras Completas**. Quien desee bucear en ellas dispone, pues, de mar abierta, aguas serenas y escasos interrogantes.

Nació hacia el año 1499 aproximadamente – no ha podido precisarse más la fecha – en el pueblo manchego de Almodóvar, como afirma con indiscutible autoridad fray Luis de Granada: «Fue este Siervo de Dios natural de Almodóvar del Campo que pertenece al arzobispado de Toledo. Sus padres eran de los más honrados y ricos de este lugar y, lo que es más, temerosos de Dios porque tales habían de ser los que tal planta habían de producir; y no tuvieron más que sólo este hijo». Su ambiente solariego debió de ser intensamente piadoso. Cuando cuenta apenas cuatro años acompaña a sus padres en peregrinación para venerar la imagen de nuestra Señora de Guadalupe. En Almodóvar aprende con las primeras letras y la doctrina algo de gramática y humanidades.

A los catorce años marcha a Salamanca a estudiar leyes que hubo de comenzar hacia 1513.



Regresa a su ciudad en 1517 y durante tres años persevera en una vida de gran recogimiento, entregado a la oración, la penitencia, y la adoración ante el Santísimo Sacramento: **Estaba muchas horas delante de él, y de ver esto y la reverencia con que comulgaba fueron muy edificadas así los clérigos como la gente del lugar.** Se traslada después a Alcalá para estudiar Artes con el Maestro Domingo de Soto recién llegado de París. En 1523 empieza sus estudios teológicos hasta 1526 en que viaja a Sevilla con la resolución de partir para las Indias. Conociendo sus dotes, y por precepto de santa obediencia, el gran Inquisidor don Alonso Manrique le manda quedar en el arzobispado hispalense donde predica con tanta unción como provecho. Recorre muchos pueblos andaluces provocando en todas partes auténticas oleadas de fervorosas conversiones y dirigiendo, con celestial sabiduría, almas selectas que solicitan sus consejos. La popularidad

del P. Ávila es extraordinaria. Habla en las plazas públicas y no acepta estipendios. Es humilde, paciente y celoso, organizando colectas para auxiliar a los necesitados. En 1531 es denunciado falsamente y se dicta orden de prisión contra él. En una bellísima carta se expresa así a propósito de su injusto encarcelamiento: **Aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, por que a mí me parece que son descanso en cama florida y llena de rosas.** Con apasionante lirismo entona a Cristo una endecha: «¿Y quién es aquel que te ama y no te ama crucificado?» El 5 de julio de 1533 recibe sentencia de absolución. El Maestro Ávila ve cómo se ensancha la aureola de su prestigio – que él no busca de ninguna manera – por toda Andalucía cuyos obispados se lo disputan invitándole a predicar.

He aquí el esquema de su multiforme actividad apostólica: predicación, confesiones, fundación de Colegios, universidad de Baeza, tratados ascéticos y epistolario. No descansa. Es misionero por antonomasia. Los Prelados le consultan sus dudas y muchos nobles le abren su conciencia. Su labor espiritual y educativa es impresionante.

Testimonio espiritual

Podríamos preguntar a los incontables testigos de los procesos diocesanos para su beatificación. Podríamos dirigirnos a Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Juan de Dios, Juan de Ribera, Teresa de Jesús, y tantos otros santos de su tiempo para que nos dieran su impresión sobre el Padre Ávila. Cabría fijarse en sus admirables discípulos no canonizados, pero llenos de virtudes y méritos como Diego de Valdivia, Bernardino de Carleval, Jerónimo López por citar algunos. Tenemos también la voz perdurable de sus maravillosos escritos: sermones, lecciones bíblicas, epistolario, tratados. Su testimonio espiritual es esplendoroso en todos los órdenes.

Mucho le hicieron sufrir las vicisitudes del «Audi, filia», escrito para doña Sancha Carrillo, mujer de admirable temple espiritual. Hacia 1560 viéndose muy cargado de achaques, acepta el tranquilo retiro de Montilla donde mantiene contacto con el Colegio de la Compañía con la que tiene relaciones íntimas y a la que ha encaminado a sus mejores discípulos. Pero su nido preferido es una casita sencilla y modesta con un pequeño patio que ponen a su disposición los Marqueses de Priego. Parecía un convento de rigurosa observancia. Vivían con él su mejor amanuense Juan de Villarás y dos sirvientes que buscaban junto a él la ciencia de la virtud.

En este humilde rincón, ora, dirige, escribe, aconseja. Con su trato, sobremanera suave y apacible, se insinuaba fácilmente hasta el fondo de las almas con quienes trata. Aquí viene a consultarle Juan de Dios desde Granada. Desde aquí tiene relaciones epistolares con Teresa de Jesús quien desea someter a su juicio el Libro de la Vida. El Santo Mestro se sentía, sobre todo, Predicador de Jesucristo y a esta tarea evangelizadora consagra sus mejores esfuerzos. Sube al púlpito templado como halcón que lleva a la caza y predica el «Misterio de Cristo» con fuego paulino. Su temática predilecta es siempre Jesucristo, el Santísimo Sacramento, el Espíritu Santo, Nuestra Señora. A fuerza de reflexión y de experiencia establece una sutil distinción entre leer, hablar y predicar para cuyo ministerio poseía un verdadero carisma. Por un testigo sabemos que estudiaba los sermones de rodillas y puesto en oración. Es elocuente lo que declara el Maestro Luís de Molina en el proceso informativo de Jaén: «Cuando estudiaba alguna materia teológica de especulación, no se atrevía a decir Misa porque decía que el entendimiento se embebía y entretenía en aquellas agudezas especulativas y que la voluntad quedaba con alguna sequedad».

Desde 1551 experimentó continuas enfermedades con pocas treguas, pero sigue predi-

cando, escribiendo y aconsejando. Sufre mucho a consecuencia de unos cálculos de vejiga. En otoño de 1558 se agravan sus dolencias y en mayo del siguiente año la gravedad es suma. Recibe el Viático y la Unción de los enfermos. Próximo a morir miró a un cuadro de un Ecce-Homo que tenía en su habitación, y dijo con total serenidad: «Ya no tengo pena alguna de este negocio» (de su muerte). Invocando los nombres de Jesús, María y José, expiró dulcemente. Su biógrafo Luis Muñoz comenta de este modo su santo tránsito: «Eclipsóse este gran sol que alumbraba nuestra España con su esclarecida vida y ejemplos». Era la madrugada del día 10 de mayo de 1569 y contaba sesenta y nueve años.

Con entera razón pudo grabarse este epitafio sobre una tabla de mármol blanco, engastada en un pequeño mausoleo de la Iglesia montillana de la Compañía cuyo texto latino dice así en la versión española:

Ávila fue mi nombre, mi camino
la tierra en que pisaba peregrino;
el cielo era mi patria verdadera.
¿Qué oficio ejercité? —Segador era,
de la incansable mano.
Nunca dejé la hoz por muy anciano,
antes a Cristo di siempre constante
cosecha de mieses abundante.

¡Qué fecundos resultaron sus 43 años de sacerdocio y ministerio apostólico desde su ordenación y Primera Misa en 1526 hasta su último suspiro en 1569!

Textos eucarísticos antológicos

Todos sus Sermones predicados en honor del Santísimo Sacramento son el más rotundo testimonio de su honda piedad eucarística. Seleccionamos algunos brevísimos textos para que el lector pueda saborearlos y vivirlos.

1. Admiración ante el amor de Dios manifestado en la Eucaristía. No se puede responder a esta maravilla tan grande sino por vía de admiración. ¿Quién hablará, soberano Señor, la grandeza, la dulcedumbre que aquí nos enseñas? Que si una sola vez esta maravilla hicieras, como el jueves de la Cena lo hiciste, y nunca más lo hicieras, tuviéramos hasta el fin del mundo que hablar de tan gran maravilla, tan grande bondad como es consagrarte Tú mismo y aún darte en manjar a tus amigos.

2. Preguntas de amor. Tú mismo en tu propia persona nos vienes a ayudar cada día, y te encierras, por admirable modo, debajo de los accidentes de la criatura, dándonos por manjar cada día, para que vivamos en vida de gracia. ¿Qué sed es aquésta, Señor, que tienes de presencialmente visitar al hombre y meterte en sus entrañas? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres con tan continua recuesta? Dínoslo por tu misericordia. ¿Por qué lo haces? Y enséñanos ese hor-



no de tu Corazón de ardentísimo amor, que te cumple hacer tales obras. Señales de amor son aquésta que el Señor en este Sacramento nos muestra, que, si bien se mira, parece que exceden a todas las demás que nos ha mostrado.

3. La Eucaristía, signo de la presencia amorosa de Dios Trino. Alabado seas Señor misericordioso que has compasión de los que están cautivos de la tiranía del pecado y de la muerte. Alabado seas, Dios verdadero, que lo que misericordia prometió, tu verdad lo ha cumplido, pues (...) hiciste un convite de tu Hijo bendito, no solo para que comiesen los doce apóstoles sino para todos los pueblos que hay en el mundo. Y es tan bastante manjar aquéste para cumplir con tantos convidados, que si millones de mundos hubiese y todos comiesen de él, ninguna falta le hallarían.

4. La Eucaristía y la Encarnación de Cristo. De tal manera, cuando decíamos acá que a la voz del sacerdote se abren los cielos y **desciende** el Señor a la hostia, no queremos decir que descende corporalmente por esos cielos y aires abajo, mas porque así como tomó el cuerpo en el vientre de la Virgen, formándolo de nuevo de su purísima sangre, así el cuerpo que ya tiene en el cielo está acá debajo de la Hostia el mismo que está allá a la diestra del Padre. Y así hay semejanza entre la santa encarnación y este sacro misterio. Que allí se abaja Dios a ser hombre, y aquí Dios humanado se baja a estar entre nosotros los hombres. Allí en el vientre virginal, y aquí debajo de la Hostia. Allí en los brazos de la Virgen, aquí en las manos del sacerdote.

San Juan de Ávila es con pleno derecho un perfecto modelo eucarístico. Su clarividente doctrina y su limpia vida testimonial giran en torno a la Sagrada Eucaristía. Mucho tenemos que aprender de esta preclara figura que tan profundamente habló y escribió sobre el Misterio Eucarístico viviéndolo en su luminosa espiritualidad hasta sus últimas consecuencias.

ANDRÉS MOLINA PRIETO, Pbro.

CORPUS, HISTORIA DE UNA PRESENCIA

TOLEDO 2003
UN GOZO Y UNAS REFLEXIONES

EL de esta gran exposición que hemos gozado en la catedral de Toledo, resume perfectamente su contenido y su intención. Desde luego, hablar de Toledo es hablar del Corpus, la gran fiesta eucarística de esta ciudad y como símbolo su gran custodia procesional.

«La Eucaristía es la razón principal de todo templo católico que se construye para dar gloria a Dios con el culto divino, la celebración de los sacramentos y la reunión del pueblo de Dios para la oración», escribe el deán de la catedral D. Santiago Calvo, presentando el catálogo de la exposición. Efectivamente, la Eucaristía es la razón de ser del templo; la catedral de Toledo es toda ella una exaltación de la Eucaristía.

A lo largo de los siglos, con sus distintos estilos arquitectónicos, con la riqueza de su decoración, con la belleza de sus ornamentos y vasos sagrados ha mostrado y ayudado a vivir la Presencia de Cristo, vivo en sus miembros, en su Palabra y especialmente en EUCARISTÍA.

Lo primero, nuestra felicitación a la Catedral Primada y a cuantos han hecho posible el regalo de esta exposición. Pocas diócesis de España —y del mundo— podrían hacer algo semejante, porque pocas diócesis como en Toledo la fiesta de la Eucaristía, la fiesta del Corpus Christi, ha tenido y tiene una historia y un presente tan hondo, tan arraigado y tan brillante.

Se nos muestran 170 piezas ordenadas en tres bloques: la Eucaristía, el Corpus y las Custodias que indican la línea que ha presidido la exposición. No se trataba sólo de amontonar objetos, aunque sean obras maestras, sino de despertar en el visitante, un conocimiento, una profundización y, si es posible, una vivencia religiosa al compás de una belleza plástica y de una trayectoria histórica concreta. En este sentido las distintas «Edades del Hombre» que vienen organizándose en distintas diócesis españolas ha tenido una influencia decisiva en otras muestras que en torno a misterios religiosos o santos se vienen realizando en los últimos años.

«Lo que aquí se expone no es para pasar a su lado más o menos distraídamente y quedarse en la filigrana del exterior, en la riqueza de sus elementos, en la estética que provoca o en las anécdotas que lo rodean. No es para una mirada perdida del es-



*Custodia.
Fuensalida*



*Tríptico de la Última Cena
Catedral de Toledo.*

pectador que consume obras de arte como pudiera ser otro objeto de consumo, sino para sentirse **provocado por el misterio al que se refiere**, por los sentimientos más hondos que lo originaron, por la destinación al culto de una Iglesia que se ofrece y vive por la Eucaristía», escribe Mons. Cañizares, Arzobispo de Toledo en el catálogo de la exposición. El subrayado en el texto es nuestro, y nos destaca la finalidad última que debe guiar una exposición como esta de Toledo, y cualquiera otra en que la Iglesia no alardea de una riqueza artística sin igual, sino que nos recuerda que Dios es belleza, y que la fe es vida que se plasma en las distintas culturas y que en el arte se expresa y se hace sentimiento, admiración y adoración. Imposible hacer ni una ligera referencia a tanto como se nos ofrece en la exposición.



Psalmodia Eucharistica.
Biblioteca Castilla-La Mancha. Toledo

La **primera sección** se centra en el misterio eucarístico, en su realización histórica (La Última Cena) y en otros símbolos proféticos (Multiplicación de los panes) y con una serie de testimonios artísticos e históricos; cuadros, tapices, esculturas, vasos sagrados, misales, antiguos restos visigóticos. Difícil destacar algunas entre tantas maravillas: «La imposición de la casulla a San Ildefonso» (grupo escultórico de El Greco), el libro «Psalmodia Eucharistica» (de Fray Melchor Prieto), la «Primera misa de San Ignacio de Loyola», «La misa del P. Cabañuelas» (lienzo de Zurbarán), cálices y copones de los siglos XV-XVIII, crucifijos y tallas de la pasión del Señor.



Capa pluvial
Cardenal Mendoza



Capa pluvial
Cardenal Fonseca

La **segunda sección** centrada en el Corpus. La institución por Urbano IV con la Bula «Transiturus» de 1264, marca una fecha decisiva para el culto y devoción eucarísticos y para la pastoral y la espiritualidad de la Iglesia de Occidente.

Bastante después, en 1314, el papa Clemente V impuso la fiesta para toda la Iglesia. En Toledo la celebración del Corpus debió comenzar hacia el año 1333 (el catálogo de la exposición incluye un exhaustivo estudio sobre esta cuestión de Don Ramón González Ruiz, Archivero de la S. I. Catedral).

En esta sección de la exposición toledana nos encontramos una serie muy variada de documentos como leccionarios o inventarios de la catedral. Y sobre todo, maravillosas obras referidas al Corpus como la gran cruz procesional, bordados como el Terno de Cisneros, la capa pluvial del Cardenal Mendoza y la del Arzobispo Fonseca; cetros, estandartes, custodias, reglamentos de cofradías...



Casulla del «Terno rico de Cisneros». Catedral de Toledo.

La **tercera sección** titulada «CUSTODIAS», nos presenta una gran colección de custodias tanto «de asiento», como procesionales, de distintos lugares de la diócesis toledana, de parroquias y conventos de la ciudad y de muchos pueblos de la provincia: Mazarambroz, Talavera, Olías, Pantoja, Villaseca de la Sagra, Fuensalida, Ocaña, Pulgar, Mascaraque, Quismondo, La Guardia, Torrijos, Illescas, Alameda, Yepes, Métrida... todo un conjunto deslumbrante.

Una mención especial merece, lógicamente la gran custodia de Enrique de Arfe que no ha sido mostrada en el recinto de la exposición sino que se contempla en su lugar tradicional, «El Tesoro» de la Catedral.

Unas reflexiones

El gozo de la contemplación nos invita a unas reflexiones. Cada una de las piezas de esta gran muestra tiene su historia, en el tiempo, en el arte, en la devoción del pueblo cristiano. Cada una de ellas y su conjunto suscitan -yo pienso- unas reflexiones.



Cáliz. Fuensalida.

La **primera** y más importante: la fe, la Iglesia, el culto no son piezas de museo, un simple pasado glorioso. Son una realidad presente, viva, operante que tiene sus raíces en unos hechos que les dieron origen. Son -en una pala-



Hostiario. Yepes.



Cruz procesional. Catedral Toledo.

bra- una **tradición**. Como entonces Pablo, cualquier cristiano puede decir: «Yo he recibido una tradición...». Nuestras catedrales, nuestros templos, nuestras imágenes y custodias no pueden convertirse en piezas de museo, algo que habla de los buenos tiempos pasados, que sólo nos traen nostalgia y añoranza.

Otra **reflexión** sería la conexión que ha existido siempre entre fe y belleza. Aun en los tiempos de persecuciones o dificultades económicas, los lugares de culto, los vasos sagrados, los ornamentos, los libros litúrgicos han tratado de expresar la suprema e infinita belleza de Dios y a la vez, con esa belleza, servir al hombre como senda hacia Dios. A veces un concepto tergiversado de **pobreza** ha podido llevar al **feísmo** en sus múltiples expresiones, plásticas, musicales o literarias.



*Custodia procesional turriforme.
Convento Santa Clara. Toledo*



*Copón.
Convento Santa Isabel. Toledo.*

Y para concluir (aunque el tema merezca largo testamento): la conexión entre **liturgia** y **devoción privada**. Dejando aparte la cuestión de la distinción entre ambas – aún sin dilucidar – el hecho es que la liturgia y la devoción privada – en nuestro caso la devoción o piedad eucarísticas – se complementan. Se apoyan mutuamente y **juntas** (el Concilio Vaticano II lo ha expresado estupendamente), están llamadas a dar frutos admirables de santificación. Es claro que «la celebración sola no puede conseguir una eucaristización plena de la vida del creyente que envuelva en plenitud sus actitudes, pensamientos, palabras, obras y deseos», se escribe en una página del catálogo de la exposición toledana.

Apoyar en nuestra vida, en nuestra pastoral esa última y fecunda unión entre liturgia y devoción «privada» será garantía de revitalización de ambas. Y aquí estará, quizás, una de las causas del posible declive que algunas comunidades, si no en toda la Iglesia, hemos sufrido en las últimas décadas.

JESÚS GONZÁLEZ PRADO

LA MISA EN LA IGLESIA PRIMITIVA

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL SAGRARIO

El canon 13 del concilio de Nicea (325), que sancionó que los penitentes próximos a morir no debían ser privados de la comunión eucarística, como viático, pues así lo aconsejaba una práctica canónica antigua, nos muestra que el uso de conservar la sacratísima Eucaristía en las iglesias ha de remontarse a tiempos muy remotos en el cristianismo, tal vez a los mismos tiempos apostólicos. Si los fieles se llevaban la Eucaristía a sus casas, como lo atestiguan Tertuliano y San Cipriano, por lo que se refiere a África; en Roma lo atestigua la «Tradición Apostólica», como ya lo vimos en trabajos anteriores, por la recomendación que se hace a los seglares, de que cuiden que no coma de la sacratísima Eucaristía el infiel, o algún animal casero. La costumbre de comulgar en casa fue general en Occidente y en Oriente en los siglos IV y V, y duró largo tiempo. Si los fieles guardaban la Eucaristía en sus casas, parece natural que también se hacía en la misma iglesia.

¿En qué parte de la iglesia se guardaba la Eucaristía? Las primeras noticias que tenemos las encontramos en las llamadas «Constituciones Apostólicas» que datan de principio del siglo IV y es un documento valiosísimo para todo lo que se refiere a la liturgia eucarística. En ellas se manda a los diáconos que lleven lo que sobre de las sagradas especies consagradas en la Misa a un lugar a propósito, llamado pastoforio. El pastoforio en Oriente se encontraba al lado del altar, hacia el sur. En Occidente reci-

bió el nombre de «secretarium» o «sacrarium». Se tenía cerrado bajo llave, que guardaban los diáconos, a los cuales desde los primeros tiempos de la Iglesia estaba encomendada la administración de la Eucaristía. Así lo dice Prudencio, con respecto al diácono San Lorenzo en el himno 2 de su «Peristefano».

En ese lugar había un armario, llamado «Conditorium» y en él se guardaba un cofrecito que contenía la sacratísima Eucaristía. Fue el primer Sagrario. Parece que el Pan eucarístico se envolvía en un paño blanco de lino. Esto se mantuvo en Occidente hasta el siglo IX aproximadamente. Por esa época la «Admonitio synodalis», entre otras cosas, enumera la cajita para el viático a los enfermos. Más tarde se habla de un Sagrario real, verdadero, llamado «propiciatorio», colocado en la parte posterior del altar y en el cuál se guardaba la referida cajita que luego tomó el nombre de «píxidis». Esto no era muy general, parece que sólo existía en las iglesias de Francia e Italia. Un ejemplar de ese tipo de Sagrario, se encuentra en el Bargello de Florencia, y es del siglo XII. Eran movibles y de pequeñas dimensiones.

A partir del año 1000 existían diversos sistemas de guardar la sagrada Eucaristía:

a) El llamado «propiciatorio» del que ya hemos hablado.

b) La sacristía, en la que en muchas partes se siguió guardando el Santísimo Sacramento. Un sínodo de Rávena del año 1311 deja todavía

en libertad a los sacerdotes para escoger entre la sacristía y la iglesia.

c) La paloma eucarística. Este vaso simbólico que existía desde el siglo V en los bautisterios y servía para guardar los santos óleos, en el siglo XI se destinó a guardar la Eucaristía. En una cavidad superior se introducía la cajita con el Santísimo Sacramento. Se cubría con un velo y se suspendía del techo del baldaquino o en una ménsula de hierro junto al altar. Fue muy común en Francia e Inglaterra. En España tenemos la paloma eucarística del monasterio de Santo Domingo de Silos.



d) Los sagrarios murales. Fue el sistema más difundido, por ser el más práctico y seguro. Se construían ya en la pared al lado del altar o en el coro y eran una pequeña habitación con puerta y cerradura. En los siglos XIII, XIV y XV, con el desarrollo admirable del culto eucarístico, se adornaron muchísimo con construcciones bellísimas. Se esculpían ángeles en actitud de adoración, a Cristo saliendo del sepulcro, a la Virgen María...

e) Las torres eucarísticas. Esto se da principalmente en Alemania, Países Bajos y norte de Francia, donde permanecieron hasta el siglo XVIII.

Algunas veces tenían una abertura por la que se podía ver la sagrada Hostia conservada en un recipiente de cristal. Fueron muy célebres, y aún pueden admirarse, las de Münster, la de San Lorenzo de Nuremberg, la de Baden-Baden, la de San Esteban de Constanza, la de Volterra, en Italia, y otras.

Muy pronto se comenzó a colocar el Santísimo Sacramento en una capilla especial, dentro de la misma iglesia, con Sagrarios de plata muy ricamente repujados.

Modernamente se ha colocado el Santísimo Sacramento en el altar mayor, en el fondo del ábside. En algunos casos se ha hecho esto con poca dignidad para el Santísimo Sacramento, pero en otros se ha realizado esto con gran elegancia artística y con mucha dignidad. El actual rito de la consagración de iglesias prevé que el Santísimo Sacramento se reserve en una capilla especial. Hay muchas capillas del Santísimo Sacramento verdaderamente muy ricas y bellísimas desde el punto de vista artístico. Esto ha creado en no pocos lugares un culto de veneración especialísimo al Santísimo Sacramento y ha dado origen a una piedad eucarística con mucho fruto espiritual.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, O.S.B.

TESTIMONIO

LA EUCARISTÍA EN LA FAMILIA PAULINA

EL día 27 de abril de este año, domingo II de Pascua, el Santo Padre beatificó al **Padre Santiago Alberione**, Fundador de la Familia Paulina.

Para muchos, el nombre del padre Alberione se asocia a la fundación de los «Paulinos y las Paulinas», a los mass media, desde la prensa hasta los medios modernos de comunicación que la ciencia y la técnica van descubriendo. Santiago Alberione aparece también –creemos que con toda razón– entre los candidatos a «patrono del Internet». Sin duda, si él hubiese conocido este medio, habría lanzado a sus hijos e hijas en la Red de la comunicación, como comunicadores y apóstoles. Porque la consigna, casi como una palabra de orden del Fundador a todos los miembros de la Familia Paulina fue siempre: «Llevar la Palabra de Dios a los hombres de hoy con los medios de hoy». Y en contexto parecido, invitaba y urgía al uso de «los medios más rápidos y eficaces», siempre para el anuncio del evangelio de Cristo Maestro Camino, Verdad y Vida.

Cuando Pablo VI, al final de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, promulgó el decreto «**Inter mirifica**» sobre el uso de los medios de comunicación para la misión de la Iglesia, el P. Alberione gozó intensamente, viendo reconocido el anhelo que desde adolescente le había animado e impulsado a la fundación de las primeras congregaciones de la Familia Paulina: la

Sociedad de San Pablo en 1914 y las *Hijas de San Pablo* el año siguiente. Y de los Cooperadores Paulinos en el año 1917.

La promulgación de la Constitución «**Sacro-sanctum Concilium**» sobre la Liturgia fue también para el Padre Santiago Alberione motivo de alegría y de acción de gracias. La tercera Congregación de la Familia Paulina, las *Pías Discípulas del Divino Maestro* (1924), tenía como parte esencial de su carisma la dimensión del «**apostolado litúrgico**»: dar a conocer de todas las formas posibles las riquezas del Misterio de Cristo celebrado en la sagrada Liturgia.

No sólo estos primeros documentos del Concilio, sino que toda la doctrina y el espíritu del Vaticano II fueron para nuestro Fundador confirmación por parte del supremo magisterio de la Iglesia de la obra que él había llevado a cabo con la fundación de la Familia Paulina: las *Pastorcitas* (1938) para la animación pastoral sobre todo en las parroquias, las *Apostolinas* (1958) para la formación y discernimiento de las Vocaciones en la Iglesia, los *Institutos agregados* a la Sociedad San Pablo: Virgen de la Anunciación, Jesús Sacerdote, San Gabriel, Santa Familia (todos ellos entre 1957 y 1960).

Si nos preguntamos de dónde sacaba el padre Alberione la fuerza y la luz para realizar todas estas obras en su servicio a la Iglesia y a los hombres, descubrimos cada vez mejor cómo el

alma de todo este apostolado, del «fuego» inextinguible, del ardor que le empujaba a conseguir una transmisión rápida y eficaz del Mensaje de la salvación **a todos los hombres**, de todas las razas y continentes, fue sin lugar a dudas la **Santísima Eucaristía**.

Para afirmar esto, nos remontamos ya a la **noche-puente entre el siglo XIX y el XX**. Santiago Alberione tenía dieciséis años; era seminarista del primer año de filosofía en el Seminario de Alba (Italia).

Le caracterizaban ya desde entonces una capacidad de profunda reflexión y una voluntad indomable; «pensaba a lo grande», y quería actuar en consecuencia. Fueron éstas unas cualidades de las que dará prueba a lo largo de toda su existencia.

Volviendo a la «noche» del inicio del año santo de 1900, sabemos que el Papa LEÓN XIII había lanzado al mundo creyente, con la encíclica «Tametsi futura», un horizonte esperanzador en la figura de Cristo presentado como Camino,



Verdad y Vida: «el triple principio de salvación para el mundo que se asomaba al nuevo siglo».

Había pedido que se abriese el siglo en oración ante Jesús eucaristía.

El mismo Padre Alberione, en unas notas autobiográficas que redactó urgido por algunos Paulinos, con ocasión del cuarenta aniversario de fundación de la Sociedad de San Pablo, habla de la «noche-puente» escribiendo: *«Después de la misa solemne de medianoche en la catedral (de Alba) se hizo la adoración solemne y prolongada ante el Santísimo Sacramento. Los seminaristas de filosofía y teología tenían libertad para quedarse todo el tiempo que quisieran».*

Santiago se quedó. Durante cuatro horas, exhibió su espíritu ante el Señor Jesús. Podemos percibir algo de la intensa vivencia de aquellas horas a través de sus mismas palabras: *«De la Hostia vino una luz especial: mayor comprensión de la invitación de Jesús: "Venid a mí todos..."».* Alberione prosigue: *«le pareció comprender el corazón del gran Papa (León XIII), las invitaciones de la Iglesia, la verdadera misión del sacerdote. Le pareció claro cuánto se decía sobre el deber de ser apóstoles de hoy usando los medios utilizados por los adversarios. Se sintió profundamente obligado a prepararse para hacer algo por el Señor y por los hombres del nuevo siglo, con quienes habría de vivir».*

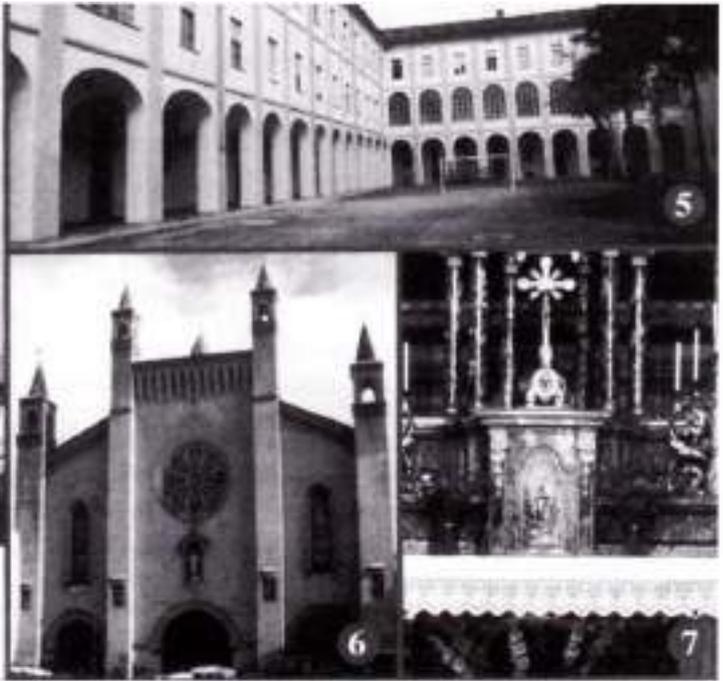
Este texto en cursiva corresponde a la **«Historia carismática de la Familia Paulina»**, apuntes que el Fundador redactó en tercera persona como si fuese otro y no él protagonista de lo que narra. Los miembros de las Congregaciones e Institutos de la Familia Paulina conservamos este escrito como «perla» que nos ayuda a penetrar en el alma de nuestro Fundador, a descubrir cómo fue conducido por el Señor y cuáles son las ideas-fuerza que le han animado en todo momento. Desde estas páginas tituladas precisamente **«Las abundantes riquezas»**, comprendemos en parte por lo menos la vivencia profunda de nuestro Padre el beato Santiago Alberione, no sólo en los años que precedieron a su redacción, sino hasta su muerte, que tuvo lugar en Roma en noviembre del año 1971.



4. La pequeña iglesia de San Lorenzo di Fossano.

5. Patio del Seminario de Alba.

6-7. Catedral de Alba y capilla del Santísimo.



Quisiera subrayar precisamente cómo la experiencia profunda de las horas de adoración ante Cristo Eucaristía en la catedral de Alba, a sus dieciséis años, fue una experiencia tan profunda que marcó a Alberione para toda su vida. La podemos llamar con toda seguridad «experiencia fundante».

Por eso, podemos afirmar que pensar en el beato Alberione, en el Fundador de la Familia Paulina, es pensar en un cristiano y sacerdote profundamente centrado en el misterio eucarístico, del que hizo el centro de toda su vida. Dan testimonio de ello las largas horas que él pasaba ante el Sacramento eucarístico cada día, y cómo quiso que la Eucaristía fuese cimiento y quicio de todas sus instituciones. «La hora cotidiana de Visita al Santísimo» constituye un punto importante para la fecundidad y eficacia vital de todo el apostolado y la vida paulina.

Durante un curso de ejercicios de mes, el Fundador dirigía a los sacerdotes y hermanos paulinos de la «primera hora» estas palabras: «Nuestra piedad es ante todo eucarística. Todo, como de un manantial viviente, nace del Maestro eucarístico».

Así ha nacido del Sagrario la Familia Paulina, así se alimenta, vive, actúa; así se santifica. De la Misa, de la Comunión, de la Adoración eucarística, todo: santidad y apostolado.

La vida paulina ha nacido del Sagrario; así habrá que vivirla; así tendrá que consumirse, por el santo Viático. Del Sagrario, todo; sin el Sagrario nada» (año 1960).

Trascribo estas palabras, pronunciadas por el beato Alberione en el año 1960, el día de Jueves Santo de 2003, exactamente el día en que Juan Pablo II hace regalo a la Iglesia de la encíclica «*Ecclesia de Eucaristía - La Iglesia vive de la Eucaristía*». Escribe el Papa en el número 6 de la citada encíclica: «*La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada*». Una prueba más de cómo es el mismo Espíritu Santo el que conduce a la Iglesia y a todos sus servidores.

Volviendo a Santiago Alberione, queremos subrayar como ha sido el amor vivo a la Eucaristía el que le impulsó a buscar una concreción aún más evidente de la centralidad eucarística de toda su obra, la Familia Paulina.

Es así como, según palabras suyas, «*desde 1908 comenzó a orar y hacer orar para que surgiese en la Iglesia una familia religiosa dedicada a la adoración y al apostolado sacerdotal y litúrgico, totalmente de Jesús Maestro presente en el misterio eucarístico. ¿Para qué? Para que se convirtiese en fuente de gracia para otras familias religiosas dedicadas más directamente a la vida apostólica*».

Estas palabras corresponden a un escrito autógrafa, enviado por el Padre Alberione a las

Pías Discípulas del Divino Maestro en el año 1946 como felicitación de Navidad. En ellas el Fundador ofrecía una apretada y profunda síntesis de la vocación y misión de nuestra congregación.

Se trata de unas palabras escuetas, pero elocuentes, que revelan la importancia que él atribuía a la santísima Eucaristía. Por esta misma razón quiso que en la raíz de la Familia Paulina estuviese precisamente lo que es centro de toda la vida de la Iglesia: el Misterio eucarístico. Toda actividad de la Familia Paulina habría y habrá siempre de surtir su eficacia de anuncio, salvación y gracia de la Eucaristía, celebrada y adorada todos los días.

Y dentro del organigrama de la Familia Paulina, las Discípulas del Divino Maestro tienen precisamente la misión de *«mantener viva la dimensión eucarística de la vida y del apostolado paulino»*. Así lo expresa nuestra misma regla de vida. Ser imagen viviente de la centralidad eucarística no sólo de la Familia Paulina, sino de la Iglesia entera.

Porque el mandato recibido del Fundador y ratificado por la Iglesia con su aprobación, nos pide adorar, dar gracias, alabar e interceder ante Jesús eucaristía por los Sacerdotes y por todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Interceder de manera especial por quienes se comprometen a anunciar el Evangelio, la Palabra de la Verdad y de la Vida en la red de la comunicación, con todos los medios.

«Desde aquí quiero iluminar». Son palabras con las que el divino Maestro confortaba al Fundador en momentos particularmente difíciles. El adverbio «aquí» señalaba y apuntaba claramente hacia el Sagrario. Estas palabras están como testimonio viviente de la voluntad del Señor en todas las capillas paulinas, junto con aquellas otras, igualmente proféticas: *«No temáis: Yo estoy con vosotros. Vivid en continua conversión»*.

La beatificación del Padre Santiago Alberione es para nosotros, su Familia, momento de alegría, de acción de gracias, de confirmación en la vocación de seguimiento de Cristo Maestro, Camino, Verdad y Vida, para el anuncio de su Evangelio con todos los medios de comunicación en el sentido más amplio de la expresión.

Las palabras que tenemos junto a todo sagrario de las comunidades paulinas nos confirman en la fe y esperanza que Cristo, el Maestro y Señor, seguirá junto a nosotros. Desde el Misterio eucarístico, él seguirá iluminando, dando fuerza y eficacia a todo nuestro apostolado al servicio de la Iglesia y de los hombres nuestros contemporáneos.

Contamos para ello con la intercesión de nuestro querido padre y fundador, que nos prometió en su testamento espiritual: *«Así pretendo pertenecer a esta admirable Familia Paulina: como servidor ahora y en el cielo, donde me ocuparé de quienes emplean los medios modernos más eficaces para el bien: en santidad, en Cristo, en la Iglesia»*.

CONCEPCIÓN GONZÁLEZ

La adoración eucarística ante todo no es un conjunto de oraciones: es «la Visita», como si fuésemos a ver a una persona querida, nuestra propia madre, por ejemplo. Habría un intercambio de saludos, noticias, regalos, promesas... La Visita tiene la finalidad de establecer nuestra vida en Jesucristo, es decir, vivir en Jesús, para Jesús, con Jesús.

En la Adoración consideraos como representantes de la humanidad ante el Sagrario, acogiendo en vuestro corazón todos los corazones de los hombres, presentando a Dios sus necesidades todas, para que Él comunique la fuerza al débil, la luz a quien está en la oscuridad; para que las almas se alejen del pecado, para que Jesús venza la resistencia de los pecadores, para que conceda santificación y celo a las almas consagradas a Dios. Jesús os ha confiado este ministerio: representar a la humanidad ante el Sagrario; ésta es vuestra vocación: ¡un ministerio de caridad!

(Padre SANTIAGO ALBERIONE)

AVE MARÍA PURÍSIMA

LA VIRGEN DE LA ESCALERA

Otro cuadro de la Virgen, que todavía no ha pintado ningún pintor, es el de la Virgen de la Escalera.

Fue en las Bodas de Caná.

María, antes que nadie, advirtió la falta del vino.

Y descubierta la carencia, recurrió al Todopoderoso:

- No tienen vino.
- Mujer, déjame; todavía no ha llegado mi hora.

No tenemos en cinta magnetofónica, ni en video, estas palabras de Jesús. Pero algo debió de haber en el tono de voz o en el gesto que la Virgen interpretó como que su Hijo se daba por vencido y accedía. Porque acto seguido, María dijo a los sirvientes:

- Haced lo que Él os diga.

¡Maravilloso encuadre! Jesús, arriba; los criados, abajo; y la Virgen, en medio, en la escalera, dirigiéndose a los hombres y señalando a Jesús.

Sólo falta un letrado que diga: La Virgen de la Escalera. O si queréis, más teológicamente hablando: La Virgen Medianera.

Siete parlamentos de María nos han conservado los Evangelios: Los tres primeros recurren hablando la Virgen con el Ángel de la Anunciación («¿Cómo podrá ser esto?». «Aquí está la esclava del Señor». «Hágase en mí según tu palabra»). La cuarta va dirigida a Dios: es el Canto del Magnificat. Y las otras dos se las dice a Jesús («¿Por qué has hecho esto con nosotros?» tras la pérdida en el Templo; y hace un momento en Caná: «No tienen vino».

Esta de ahora («Haced lo que Él os diga») es la única frase dicha a los hombres por María que encontramos en los Evangelios. Aunque tan breve, es su más bello y elocuente sermón: sustancioso y corto. No como el de esos predicadores que parecen haberse juramentado a no decir en un minuto lo que pueden decir en diez. Y hablan, hablan, sin apenas decir nada en concreto.

El sermón de María es un resumen acabado de todas las enseñanzas de su Hijo.

No podemos desarrollarlo ahora en toda su riqueza. Seleccionaremos algo de lo que nos dijo sobre la Eucaristía.

- «Haced lo que Él os diga».

Como devotos de la Eucaristía le oímos decir:

– «Trabajad no por el alimento que parece, sino por el que perdura dando vida eterna» (Juan 6, 27).

– «Yo soy el Pan vivo, bajado del cielo; si uno come de este pan vivirá para siempre» (Juan 6, 51).

– Si no coméis la Carne del Hijo del Hombre y no bebéis su Sangre, no teneis vida en vosotros. El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día» (Juan 6, 53 s).

Nunca hubiéramos podido conseguir ni merecer la vida eterna por nuestras propias fuerzas. El milagro lo hace Él.

Solamente nos pide que hagamos lo poco que está de nuestra parte.

A los sirvientes de la Boda de Caná le pidió que «llenaran las tinajas de agua».

Y uno se pregunta: ¿Era eso necesario para obrar el milagro? El que convirtió el agua en vino, ¿no pudo convertir en vino el aire de las tinajas?

Pero es proceder habitual del Señor.

Para alimentar milagrosamente a las muchedumbres quiso que los hombres aportasen sus cinco panes y cinco peces.

La sabiduría popular cristiana lo ha entendido bien. Y por eso proverbialmente dice: A Dios rogando y con el mazo dando.

Seguiremos, Señora, tu consejo.

Haremos lo que Él nos diga.

Llenaremos las tinajas del alma con el agua transparente del cumplimiento de su voluntad, seguros de que, a cambio, ahora como entonces, Él nos proporcionará el vino nuevo del Reino.

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

EUCARISTÍA Y VIDA CRISTIANA

INTERIORIZAR LA EUCARISTÍA

La oración ante la Eucaristía no se reduce a una sensación estética o romántica, sino que nos recuerda que el corazón de toda experiencia de fe es el don de nosotros mismos, siguiendo el ejemplo de Jesús.

L a crisis de la adoración eucarística -una de las formas de piedad más queridas por el pueblo cristiano a lo largo del último siglo- ha sido una crisis saludable. Ahora, liberada de aditivos incómodos y enriquecida por los frutos de la reforma litúrgica, está recuperando una renovada actualidad en muchos centros de oración e, incluso, en los encuentros de grupos juveniles.

Se comprende, cada vez más, que Jesucristo ha instituido el Sacramento para darse a nosotros como alimento y remedio, y que en el signo del pan (y el vino) presentado sobre el altar para nuestra adoración se hace presente, por obra del Espíritu, la Pascua del Señor. Abandonado ya el estéril intimismo no se va a orar ante el Sacramento «para acompañarle en su soledad», u otros motivos similares que subrayaban su estado prisionero en el tabernáculo o su «humillación» bajo las especies eucarísticas, sino para contemplar toda la historia de la salvación.

Olvidado todo carácter individualista («coloquio íntimo, visita privada...») la oración ante la Eucaristía ha recuperado el profundo lazo que

une al Cuerpo eucarístico de Cristo con la comunidad, su cuerpo eclesial. *El signo del pan (y el vino) hace siempre referencia directa a la cena del Señor, y ésta a la comunidad reunida alrededor de su Señor.*

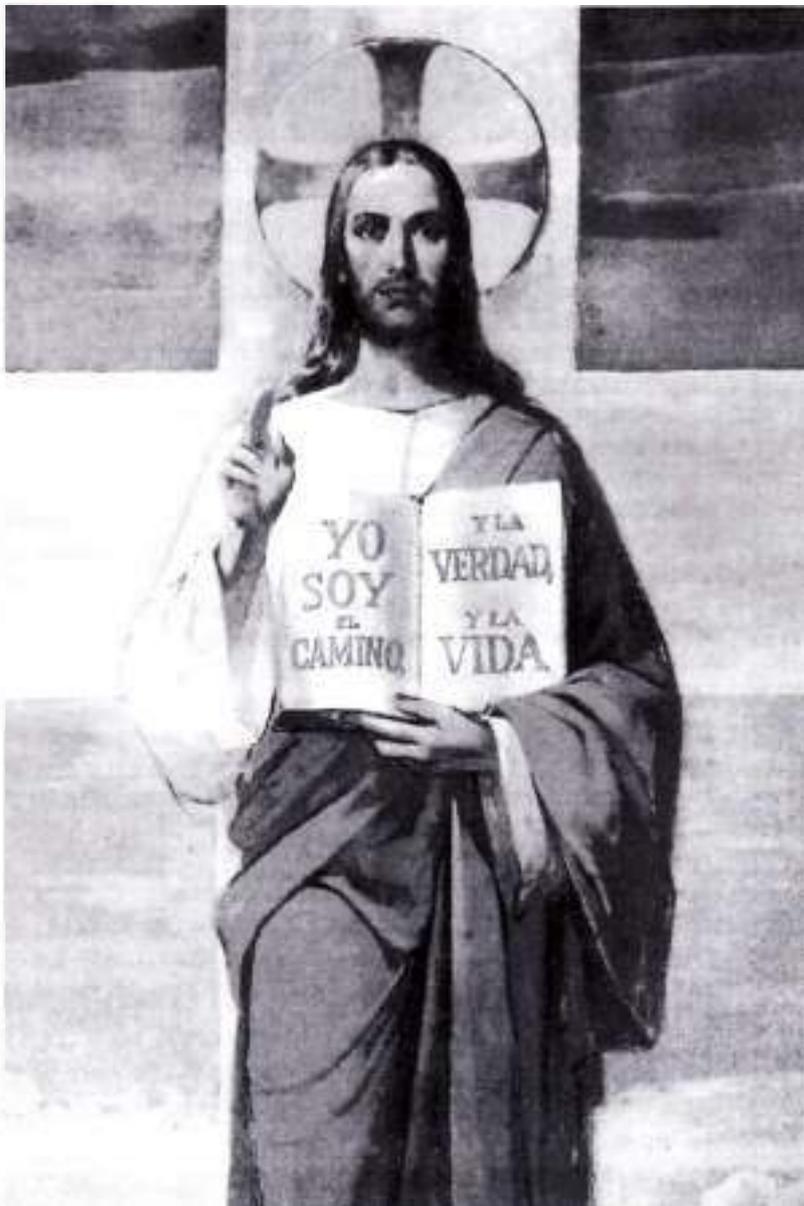
Si el fundamento de toda oración es la búsqueda de Dios y el deseo de un encuentro vivo y personal con Él, la adoración eucarística, además, responde a algunas motivaciones específicas.

Interiorizar la celebración

La Misa, celebración eclesial de la Pascua del Señor, es el punto de referencia y la clave de comprensión del culto a la Eucaristía fuera de ella. Todo culto eucarístico está íntimamente vinculado con la celebración de la Eucaristía, y ha de vivirse en conexión y como prolongación de la celebración misma. Nunca sustituirá a la celebración eucarística; el Sacramento prolonga la presencia del Señor y su sacrificio, suscita el deseo de una plena comunión sacramental, actualiza y profundiza la gracia de participación en la liturgia. Como afirma Mons. Tena, «la adoración eucarística no

es un momento extracelebrativo, sino más bien una dimensión de cualquier acercamiento al misterio eucarístico como tal», partiendo del mismo momento litúrgico-celebrativo.

La celebración de la Eucaristía es el momento principal de la vida cristiana y de la oración de la Iglesia, pero es impensable responder vitalmente a esta realidad, asimilar su profundo significado, vivir a su luz toda la experiencia humana, sin un constante esfuerzo de interiorización que supere los límites temporales de la misma celebración. Tal oración de asimilación puede realizarse de muchos modos y en muchos lugares, pero ¿no será el lugar más indicado, el más lógico y natural, para hacerlo, ponernos ante la presencia sacramental del Señor?



La presencia del resucitado

Sin duda alguna, Jesucristo resucitado está presente en la Palabra, en el pobre, cuando dos o tres se reúnen en su nombre, en la Iglesia. Pero en el Pan y en el Vino consagrados se hace presente de una manera que, valga la expresión, supera todas las demás. La oración que se desarrolla ante estos dones, aprovecha la riqueza típica de esta presencia que no se cierra en sí sino que es abierta, dinámica, para el crecimiento de la comunión con Dios y con los hermanos. La presencia eucarística es el modo elegido por Dios para transformar a su pueblo en el Espíritu.

Por tanto, si la adoración es una oración que busca leer los signos de la Eucaristía, ¿qué pueden decir el pan y el vino consagrados a quien los contempla con fe?

Necesariamente remiten a la celebración del memorial, de la que proceden, el sacrificio de la muerte del Señor que nos ha obtenido la reconciliación sellando en su sangre la nueva y eterna alianza. Pero esta realidad vital se realiza si nosotros nos abrimos a la acción del Espíritu, nos dejamos transformar por él, y nos sentimos llamados personalmente a cerrar el pacto de la nueva alianza del hombre nuevo.

La adoración eucarística no podrá nunca reemplazar a la celebración; por el contrario, hará revivirla en la oración personal y comunitaria, y aumentará el deseo de una intensa participación en el misterio.

La finalidad última de la Eucaristía no es ni la presencia real de Cristo en el pan y en el vino, ni el mero hecho de que la Iglesia la celebra comulgando sacramentalmente. Su objetivo es que la comunidad de los creyentes, cada uno de los que la formamos, llegue a asimilar la comunión de vida que Cristo le ofrece: *la participación en Cristo, en su Vida, en su Alianza, en su Sacrificio pascual*. Cristo, que nos hace partícipes de su Carne salvadora en la

comunión sacramental, nos invita, con su presencia continuada, a una comunión vital, existencial, prolongada también a lo largo de todo el día: pide una respuesta personal, no meramente ritual o puntual.

La adoración eucarística no es una forma cualquiera de oración dirigida al Señor, sino que es la actitud de oración que mejor responde a la presencia del Señor bajo las especies eucarísticas. *La -permanencia de esta presencia de Cristo en su Iglesia, exige de nosotros una respuesta igualmente permanente.* Es evidente que no puede limitarse a ejercicios de piedad, cualesquiera que fueran, ni a una mera presencia física ante el Sacramento eucarístico; la única respuesta a la Presencia permanente es una actitud de vida. Si queremos hablar de una espiritualidad de la adoración eucarística, no podrá ser otra que la espiritualidad del misterio eucarístico, acontecimiento central de nuestra vida, donde el pasado, el presente y el futuro de nuestra salvación son celebrados como una fiesta eterna que se hace alimento cotidiano. En la medida en que cada momento de culto eucarístico extra-celebrativo, o sea fuera de la Misa, esté inspirado por este acontecimiento central de la vida cristiana, lo prolongue y lo prepare, se encontrará en el corazón mismo de la devoción cristiana auténtica.

Espacio de vida

La Eucaristía nos muestra a Cristo que se ofrece a nosotros como pan vivo. Ello subraya nuestra total dependencia de Él, «palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4), único alimento que puede colmar nuestra indigencia y hacer brotar en nosotros la verdadera oración: «Aquí estoy –como está escrito en mi libro– para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas» (Sal 39, 8-9).

Los signos del pan y el vino se presentan ante nosotros como realidades propias de un banquete: han sido distribuidos, compartidos, para la vida del mundo. De aquí nace la necesaria conversión a la ley fundamental de la comunión, del compartir, que es el cimiento de toda comunidad.

Sacramento de unidad, la Eucaristía interpe-la sobre nuestra situación de vida, sobre el hecho de ser, junto a todos los bautizados, el cuerpo de Cristo, miembros los unos de los otros, según las palabras del apóstol Pablo: «Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Co 10, 17). Aprendemos así a hacer nuestra, en la adoración eucarística, la causa de la Iglesia. Más aún. Somos animados a levantarnos contra las divisiones en el cuerpo de la comunidad, a buscar todo lo que nos une y a combatir todo lo que pueda separar a los hombres entre sí.

Adorando la Eucaristía, contemplamos la vida del siervo de Yahvé, de quien ha venido «a servir y dar la vida en rescate por muchos» (Mt 20, 28). En los dones eucarísticos leemos su mayor gesto de amor, cuando «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando... (Jesús) se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos» (Jn 13,1-5).

El gesto de Jesús que entrega su vida haciéndose siervo, funda nuestras relaciones dentro de la comunidad, aleja de nosotros el instinto del dominio para hacer también de nosotros siervos, y nos llama a dar al sacramento su plena eficacia en el cumplimiento de nuestro servicio. Cada uno encuentra entonces en la adoración el sentido del propio servicio. Mediante esta oración se llega a descubrir el camino de la donación personal y del compromiso personal en el seno de la comunidad. *Quien ora ante la Eucaristía no sólo reconoce y acoge para sí el don de la presencia del Señor en un momento de contemplación individual, sino que, por sentirse animado por el mismo amor de Cristo, es empujado a actuar para bien de los otros, y a dar testimonio de la propia fe ante los hermanos.*

Por ello orar ante la Eucaristía no se reduce a una sensación estética o romántica, sino que sigue recordándonos que el corazón de nuestra experiencia de fe ha de ser el don de nosotros mismos, en la imitación fiel del ejemplo del Maestro.

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES, SSS

DE NUESTRA VIDA

LA VIGILIA MENSUAL

En nuestro anterior número, en esta misma sección, anunciábamos que el objetivo principal de nuestro quehacer durante los dos años que siguen al jubilar del 125 Aniversario (2003-04), será la profundización en la espiritualidad y práctica de las vigiliias mensuales, que constituyen el centro de todo nuestro quehacer adorador.

En encuentros zonales, de los que hasta ahora hemos celebrado 2, con notable éxito de asistencia, (marzo en Huesca y mayo en Las Palmas de Gran Canaria) los adoradores reflexionamos sobre la importancia y forma de celebrar las vigiliias.

Con minuciosidad se estudian las distintas partes que la componen y sobre todo ello, se entabla un sustancioso diálogo cuajado de testimonios vivos y muchos de ellos sorprendentes.

A partir de ahora, y como una contribución más a este objetivo fundamental en la vida de nuestra asociación, en números sucesivos, de la mano de D. José M^a Iraburu, Director Espiritual Diocesano de Pamplona, y tomando como guía su librito "La Adoración Eucarística Nocturna", desarrollaremos las distintas partes que configuran la vigilia y que corresponden al siguiente esquema:

- Reunión previa.
- Rosario-confesión.

- Vísperas-Eucaristía.
- Turnos de vela-Oficio de Lectura.
- Hora Litúrgica con la que concluye la vigilia.

No olvidemos "*que los fines primordiales de la Adoración Nocturna son los mismos de la Eucaristía. Son aquellos fines de la adoración eucarística ya señalados por la Bula Transitorius de 1264, por el Concilio de Trento, por la Mediator Dei o en la Eucharisticum Mysterium: adorar con amor al mismo Cristo; adorar con Cristo al Padre "en espíritu y en verdad", ofrecerse con El, como víctimas penitenciales para la salvación del mundo y para la expiación del pecado; orar, permanecer amorosamente en la presencia de aquel que nos ama"*

En la adoración eucarística y nocturna, los fieles se unen profundamente al Sacrificio de la redención -centro absoluto de la vigilia-, acompañan a Jesús en su oración nocturna y dolorosa de Getsemaní.

Los adoradores alaban al Señor y le dan gracias largamente. Le piden por el mundo y por la Iglesia, por tantas y tan gravísimas necesidades.

Los adoradores, en las vigiliias nocturnas, permanecen atentos al Señor de la gloria, el que vino, el que viene, el que vendrá.

Los adoradores, perseverando en la noche a la luz gloriosa de la Eucaristía, esperan en realidad el amanecer de la vida eterna, de la que precisamente la Eucaristía es prenda anticipada y ciertísima.

Agenda

ENCUENTROS DE ZONA

18 DE OCTUBRE, MADRID, ZONA CENTRO

25 DE OCTUBRE, LA CORUÑA, ZONA ASTURIAS-GALICIA-LEÓN

Oración ininterrumpida por las vocaciones

El pasado domingo, 11 de mayo, la Iglesia celebró la Jornada Mundial de las Vocaciones, que, en su XL edición tuvo como lema «La vocación al servicio».

Con este motivo, el Seminario Conciliar de Madrid, en la c/ San Buenaventura, 9, acogió una Oración ininterrumpida por el don de las vocaciones, que dio comienzo el sábado 10 de mayo, a las 21,00 horas, y se prolongó hasta las 19,00 horas del domingo 11.

Comenzó la Oración con una Vigilia general abierta a todos los grupos, que se prolongó hasta las 23,00 horas. A continuación, se sucedieron en la oración los distintos arceprestazgos: empezando por el de San Miguel; a las 00,00 horas el de Nuestra Señora de Delicias; a las 01,00 horas el de Buen Suceso; **de las 2,00 a las 4,00 la Adoración Nocturna Española**; a las 4,00 horas, la Adoración Nocturna Femenina; a las 6,00 horas los grupos de discernimiento; y a las 7,00 horas las Casas de Formación. A las 8,00 horas del domingo 11 de mayo tuvo lugar un Oficio de Lectura y Laudés. Después continuaron orando por las vocaciones la Renovación Carismática; los Movimientos Apostólicos; y los niños, a las 11,00 horas. A las 12,00 horas tuvo lugar una celebración eucarística; y después oró la Acción Católica; los Grupos Vocacionales; los sacerdotes; Vida Consagrada; y los Grupos Matrimoniales. La Jornada concluyó con el rezo de las visperas, a las 18,00 horas.

Veinte nuevos presbíteros para la diócesis de Madrid

El pasado domingo, 11 de mayo, fueron ordenados presbíteros 13 diáconos del Seminario Conciliar de Madrid. El acto tuvo lugar en la Catedral de la Almudena a las 19,00 horas.

Los nombres de los nuevos presbíteros son: Juan Briones Martínez, Napoleón Fernández Zaragoza, Andrés María García Serrano, Francisco Javier González González, Enrique González Torres, Juan Bautista Granada Marín, Roberto López Montero, Miguel Lozano Martínez, José María Marín Fernández-Díez, Isidro Molina Morales, Manuel Rodríguez Calero, Javier Sánchez Cervera, Antonio Secilla Buenadicha. ¡Enhorabuena! También el sábado 17 de mayo tuvo lugar una solemne celebración Eucarística en la Catedral de la Almudena, a las 19,00 horas, durante la cual recibieron la ordenación presbiteral siete diáconos del Seminario Redemptoris Mater. Los nuevos presbíteros son Pablo Oscar Finos, argentino; Wooby Jacques Oreste, haitiano; Moisés León Lezcano, paraguayo; y los españoles José Julio Martín Barba, Guillermo Melgares Atienza e Ignacio Serrada Sotil.

Semana de evangelización en Bustarviejo y Valdemanco

Motivada por la visita del Santo Padre a España, las Parroquias de Bustarviejo y Valdemanco de la diócesis de Madrid, realizaron una semana de Evangelización, con la ayuda de los Padres Claretianos.

Del 11 al 18 de mayo, en las parroquias tuvieron diversas celebraciones, catequesis, encuentros y asambleas familiares en las casas. El objetivo es afianzar la fe de los creyentes e impulso para ser testigos en sus lugares de vida cotidiana, especialmente con los más alejados.

El Foro de la Familia condena la nueva ley de las Parejas de Hecho aprobada por la Cámara Vasca

En un comunicado hecho público por el Foro de la Familia, a propósito de la aprobación de la Ley de Parejas de Hecho en el País Vasco, aprobada el pasado 7 de mayo, dicen textualmente: «La Cámara Vasca ha aprobado una nueva Ley de Parejas de Hecho que equipara, siguiendo el modelo navarro, a las familias, uniones heterosexuales y homosexuales en lo que a la adopción y acogimiento de menores se refiere. La Ley, aprobada gracias al consenso de todos los grupos políticos del arco parlamentario autonómico (PNV, EA, PSE, SA) excepto el PP, es de todo punto inaceptable para el Foro Español de la Familia.

El Foro de la Familia reitera una vez más su postura inamovible de que la equiparación de las familias a las parejas homosexuales resulta injusta -por equiparar dos realidades diferentes- y anticonstitucional -la Constitución reconoce como matrimonio la unión de un hombre y una mujer-. Además, el Foro Español de la Familia estima que en esta Ley, se han colocado, por encima de los derechos del niño a tener un padre y una madre, unos supuestos derechos de adultos que forman uniones de hecho (sin vínculo legal y público de su mutuo respeto y amor y sin garantía de estabilidad afectiva y permanencia en el tiempo).

Encuentro de sacerdotes con motivo de la Fiesta de San Juan de Avila

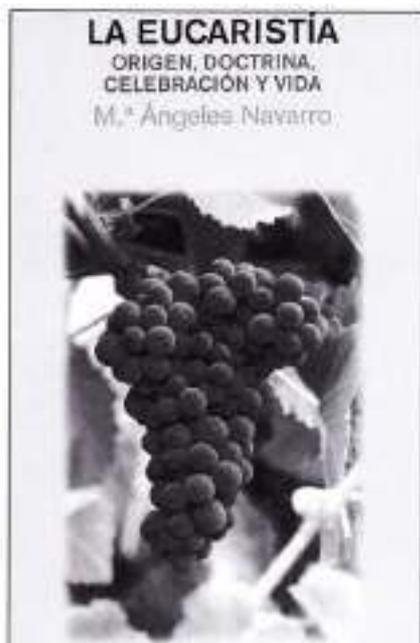
Un año más, el 10 de mayo, la Iglesia de Madrid celebró la festividad de San Juan de Ávila con un encuentro sacerdotal en el Seminario Conciliar de Madrid.

Organizado por la Vicaría Episcopal para el Clero, el encuentro dio comienzo con una conferencia, a las 11,30 horas a cargo de Juan José Rodríguez Ponce, S.J., quien habló sobre «José María Rubio y Pedro Poveda, sacerdotes en el Presbiterio de Madrid». Tras la ponencia, se rindió un pequeño homenaje a los sacerdotes que celebraban los 25 y 50 años de su ordenación sacerdotal. La jornada concluyó con una eucaristía y una comida fraterna.

Aniversario del Beato adorador Ceferino Jiménez Maya

El sábado 10 de mayo, a las 17,00 horas, en la Parroquia de San Miguel de Fuencarral, tuvo lugar la Misa celebración por el Aniversario del Beato Ceferino Jiménez Maya, adorador nocturno que fue. El acto fue organizado por la Delegación diocesana de Pastoral Gitana.

EX LIBRIS



MARÍA ANGELES NAVARRO
PPC Colección CRUCE

LA EUCARISTÍA

Origen, doctrina, celebración y vida

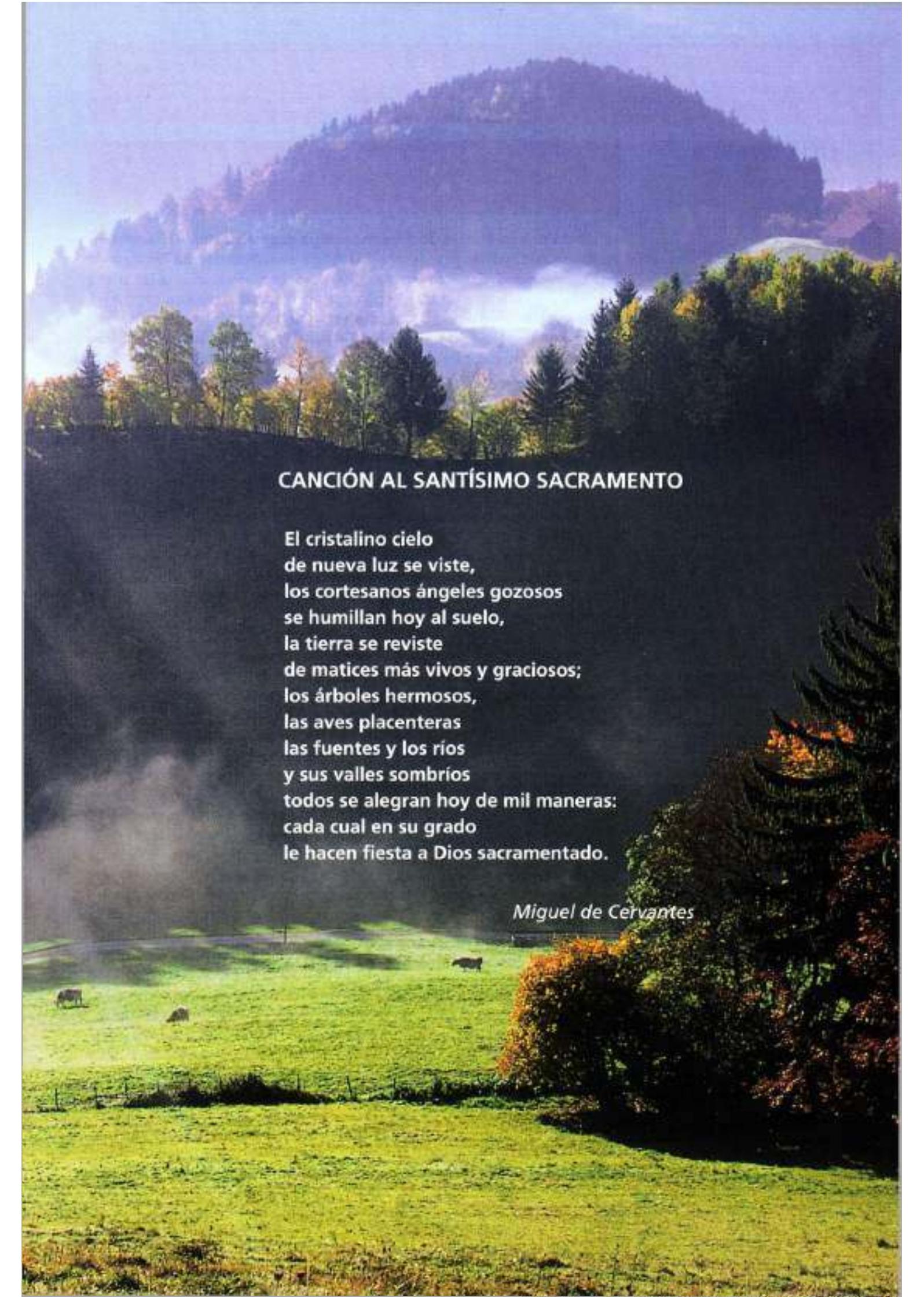
La autora de este libro es doctora en teología dogmática por la Universidad Pontificia de Comillas y profesora de Liturgia en la Facultad de Teología de dicha universidad. Empieza por decir que durante muchos años la Eucaristía fue vista como santo y seña, distinción que diferenciaba al católico del que no lo era. Hoy, el péndulo ha oscilado al extremo opuesto y parece que el ser cristiano no tiene nada que ver con el ir o no ir a Misa. Más aún, la expresión «oir misa» cobró carta de ciudadanía. Este carácter meramente auditivo de la Eucaristía perdura aún hoy entre muchos cristianos, de modo que tanto los que asisten regularmente como los que dejaron de hacerlo suelen aludir casi exclusivamente a este aspecto.

Participar de una Eucaristía no es asistir a un espectáculo, a una conferencia, a un concierto, ni tampoco a una charla espiritual. Participar en la Eucaristía es «concelebrar». Se acostumbra a llamar concelebración cuando la Eucaristía presidida por varios presbíteros, pero en rigor, y puesto que la Eucaristía es una celebración, todos concelebramos, porque no concelebrar sería no celebrar no participar en la celebración. Y participar en la celebración es en primer lugar reunimos en nombre de Cristo. «Haced esto en memoria mía» no significa simplemente repetir unas palabras o reiterar un rito, sino que supone recordar, en el contexto de la vida diaria del creyente y junto con los otros creyentes, que Cristo ha resucitado.

Sus 126 páginas, de media cuartilla alargada, son un tratado completo sobre la Eucaristía, dividido en tres grandes capítulos, bien estructurados y tratados con rigor, que se leen con agrado. Comienza con el origen y la fundamentación de la Eucaristía, en cinco apartados: las comidas de Jesús, la Última Cena, con la concordancia de los relatos en los Sinópticos y en Corintios, las comidas del Resucitado con sus discípulos, la celebración de la Eucaristía en la Iglesia primitiva y algunos testimonios de los primeros siglos: la Didajé, San Justino, San Hipólito, la Tradición apostólica. El capítulo central y más amplio versa sobre los aspectos dogmáticos: Resurrección y Eucaristía -la fe del pueblo judío en la resurrección y la fe cristiana en la resurrección-. Muerte de Jesús y Eucaristía -Interpretación de la muerte de Jesús en el Nuevo Testamento, la Eucaristía, memorial del sacrificio de Cristo-. Presencia de Cristo en la Eucaristía -Historia de la teología eucarística, cómo entender hoy la presencia eucarística y la transformación eucarística-. Breves apuntes ecuménicos. -Controversia con las Iglesias ortodoxas: epiclesis y consagración, controversia con las Iglesias surgidas de la Reforma: Eucaristía como sacrificio y controversia con las Iglesias de la Reforma: el modo de la presencia eucarística-. Finalmente el último capítulo: Celebración. La asamblea litúrgica -la Eucaristía es una reunión festiva de la comunidad cristiana, pueblo sacerdotal, diferentes servicios en la asamblea litúrgica y lugar de la celebración-. Celebración eucarística según el nuevo Misal Romano -ritos iniciales, liturgia de la Palabra, liturgia eucarística, rito de comunión y rito de conclusión-. La presencia de Cristo en la vida del cristiano -la Eucaristía en la vida del cristiano, el Reino de Dios y la transformación del mundo-.

Este libro nos puede servir para actualizar nuestra formación sobre la Eucaristía, según los deseos del Papa en su mensaje con motivo del 125.º aniversario.

JOSÉ LUIS OTAÑO, S.M.



CANCIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

El cristalino cielo
de nueva luz se viste,
los cortesanos ángeles gozosos
se humillan hoy al suelo,
la tierra se reviste
de matices más vivos y graciosos;
los árboles hermosos,
las aves placenteras
las fuentes y los ríos
y sus valles sombríos
todos se alegran hoy de mil maneras:
cada cual en su grado
le hacen fiesta a Dios sacramentado.

Miguel de Cervantes